

TALLER DE PINTURA AL FRESCO

TONOS Y FORMAS

Transmitir en palabras las particularidades de una obra de arte contemporánea nos exige encontrar un modo de decir y comunicar los distintos niveles de contenido y significado condensados en ella, encontrar como pensar esos objetos y su actualidad. Dicho de otro modo, nos insta ser conscientes de que encontrarnos con una obra de arte es semejante a encontrarnos con un ser pensante con el cual compartimos un mismo espacio y tiempo, a tener presente que reaccionamos a un pensamiento encarnado. Ese es el desafío que nos colocan las obras individuales y colectivas realizadas en el Taller de Pintura al Fresco, y responder a esa provocación es también un modo de evitar que los museos se transformen en cementerios donde reverenciamos objetos muertos; un reto que, de modo oblicuo, los integrantes del taller también se colocaron a sí mismos durante los últimos tres años.

La consigna tanto para los trabajos individuales como para los colectivos fue la de situarse en principios plásticos. Partiendo de estudios de modelos, entendido como un proceso, fueron acercándose a la verdad de la pintura, o mejor dicho, a una verdad en pintura. Tales estudios, en realidad, constituyen la puesta en práctica de una visión activa mediante la cual los estímulos visuales se tornan visibles por medio de geometrías y tonos. O sea, un proceso en el cual se afina la percepción y se establece una pauta común, construyendo así las condiciones de partida. Una vez ubicados en la realidad de la pintura, la propuesta es representar plásticamente el mundo de los objetos y de las memorias.

Paisajes, pintura con modelo y construcciones parten de las mismas pautas. Restringidos a un modelo, las diferencias individuales surgen del temperamento de cada uno y se manifiestan en las pinceladas, en los elementos con que cada uno elige traducir al plano su propia experiencia espacial. En algunos casos, como en los frescos al exterior, las variaciones resultan del modo en que cada uno plasma la apariencia bajo una luz cambiante. En otros, a partir de las lecciones asimiladas de referentes artísticos como Cézanne y Matisse. Y en otros, en el modo selectivo en que cada uno figura y articula elementos plásticos a partir de la memoria.

En las pinturas individuales y en las colectivas, tal vez la mayor dificultad haya sido la de alcanzar la unidad del plano. Para lidiar con esa complejidad, y a modo de entrenamiento visual, en algunos casos el uso de una grilla: no como base para construir una perspectiva lineal sino como modo de alejarse del objeto concreto y acercarse a la línea abstracta. Una línea que no converge en un punto de fuga sino que exige pasar de una visión pasiva a una visión activa .

Por ultimo, más allá de materiales, técnicas y recursos utilizados, independientemente de traer al presente un saber antiguo, los trabajos resultan del ejercicio de encarnar un pensamiento plástico. Y en eso radica su actualidad: en vehicular saberes muchas veces olvidados, otras veces dejados de lado en pro de una supuesta contemporaneidad. Porque los mecanismos del arte son otros: es propio del arte encontrar sus propios interlocutores y descartar razonamientos lineales y evolucionismos, aspectos que pertenecen al principio filosófico del logos; es propio de cada obra de arte construir su propia sombra histórica a partir del presente. Por ese motivo, no es una cuestión menor que, apelando a una práctica y a una gramática y signos plásticos propios, esta exposición nos invite a acercarnos a las obras, a traer a nuestro horizonte obras de otros tiempos y pensar sus semejanzas y diferencias, a ejercitar nuestra visión, a establecer un diálogo con el pensamiento plástico que estos trabajos encarnan.

Elena O'Neill